

de las doctrinas del cristianismo. V. que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir cómo un hombre grave se atreve á consignar en sus obras semejantes palabras, después de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades á que rinde en el citado pasaje tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá á V. algún tanto, cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar*, y que en su opinión hay engaños *inocentes*, los hay *útiles y hasta obligatorios*. (Traducción de Platón, t. 4, pág. 276-277.) Quien de tal modo niega á Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusión de que semejante engaño en lo tocante á sus doctrinas, había de alucinar á nadie. Es tan vivo el contraste, ó mejor diremos la contradicción entre unos y otros pasajes, que para no verla sería preciso cerrar los ojos á lo que es más claro que la luz del día.

Con esta breve reseña habrá formado V. concepto de lo que son esos sistemas filosóficos, en los cuales suponía V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido rectificar, ó mejor diré, variar la opinión que había formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los jefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora para en adelante me tomaré la libertad de advertirle á V., que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las más veces lejos de enterarse á fondo del estado de la cuestión, no hace más que traducir al pie de la letra las palabras de algún perió-

dico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que más en boga andan en ciertas regiones no son los más adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *substancia universal y las transformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á sí mismo en la conciencia humana* y semejantes abstracciones que campean allá en la alta concepción de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo de llevar consigo las nociones del sentido común. Nosotros que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razón juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiración de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 2.º

LA CUESTIÓN DEL DERRIBO DE MURALLAS Y FORTALEZAS,

EXAMINADA BAJO EL PUNTO DE VISTA MILITAR Y POLÍTICO.

¿Conviénele á Barcelona continuar cercada de sus murallas y dominada por los fuertes? Bajo el aspecto político y económico, aconseja la prudencia que se destruyan aque-

llas y éstos. Considerando á Barcelona, no por lo que es en sí, sino como una de las principales ciudades de la monarquía, ¿un derribo semejante acarrearía daños á la nación ó le produciría ventajas? He aquí unas cuestiones de la mayor gravedad y cuya resolución no es tan fácil como á primera vista pudiera parecer.

Sea cual fuere la opinión que sobre dichos extremos se adopte, no puede negarse que militan por ambos lados razones de peso, de manera que no deberán ser tachados de imprudentes y ligeros, ni los que opinen por la conveniencia de la continuación del estado presente, ni los que sostengan lo contrario. Y cuando esto decimos dejamos aparte lo relativo á un ensanche parcial, que se logra derribando un lienzo de las murallas para construirle luego á mayor distancia; porque si bien se mira semejante mudanza no altera el fondo de las cosas, pues que por ella no dejaría Barcelona de ser una plaza de armas, y por consiguiente de estar sometida á todas las eventualidades que consigo trae esta circunstancia.

Para alcanzar la verdad en esta materia hagamos la siguiente suposición. Demos que sobreviene una invasión extranjera, y veamos lo que acontece ó acontecerá probablemente, según sea Barcelona plaza de armas ó ciudad abierta. Por de pronto, nuestro ejército tendrá en la capital un excelente punto de apoyo, buenos hospitales, ricos almacenes, arsenal, depósito para quintos y prisioneros, recursos de todas clases para abastecer las tropas así en artículos de guerra y boca, como en prendas de vestuario y en útiles para todo linaje de maniobras. Si las armas españolas son inferiores á las extranjeras, de modo que no puedan hacerlas frente en campo raso, apoyadas sobre la capital serán quizás bastantes á imponerle respeto; dando el tiempo necesario para que el Gobierno de la nación despliegue su actividad y envíe los socorros necesarios á fin de que las fuerzas enemigas no queden dueñas de la más bella parte del litoral del Principado. Si alguna de nuestras divisiones sufre un descalabro en el Panadés, en

el Vallés ó en la marina, podrán los restos encerrarse en Barcelona, rehacerse del desastre, reorganizarse y reclutarse de nuevo, y salir otra vez al campo á vengar el recibido ultraje.

Si la guerra se hace también en el mar; si nuestra armada salida de la postración en que yace, puede luchar con la enemiga, si no con superioridad, á lo menos sin mucha desventaja, las aguas de Barcelona defendidas por Monjuich, y teniendo á sus espaldas las Atarazanas, la Ciudadela y una ciudad populosa circuida de robustas murallas, podrán ser la base de las maniobras de nuestros almirantes, y un refugio en los reveses de la guerra y en los desastres ocasionados por el furor de los elementos. Las naves que hayan sufrido averías podrán reponerse de ellas con toda seguridad; los marinos y soldados enfermos serán acogidos en los hospitales; las provisiones que se necesiten, se hallarán en abundancia en los almacenes de la capital; en una palabra, el provecho que de Barcelona podrán sacar nuestras escuadras será incalculable tanto si suponemos adversa como próspera la fortuna.

Además, conservándose en favor del Gobierno la capital del Principado, todo lo que se encuentre amenazado en un punto cualquiera de éste, sean personas, sean preciosidades ó efectos de alguna importancia, podrá trasladarse á ella, y contar allí con un refugio seguro. De esta manera se formará naturalmente un núcleo compuesto de lo más granado que haya en Cataluña, en inteligencia y riqueza, se acumularán en la ciudad los tesoros y los géneros de todas clases, resultando de esto que en los apuros que ofrecerse puedan habrá recursos abundantes para acudir á todas las necesidades, y hombres de suficiente capacidad para emplearlos y dirigirlos en provecho de la patria.

Sean cuales fueren los triunfos que alcance en este ó en aquel punto el ejército invasor, todas las miradas se dirigirán á Barcelona, que se conserva todavía, que encierra en sus muros una guarnición numerosa, que tiene en sus alrededores divisiones respetables, que es el centro de

muchos movimientos que se extienden á largas horas de distancia, y que por consiguiente será capaz ella sola de reparar todas las pérdidas, por poco que la fortuna sonría á los generales españoles, por poco que el Gobierno de la nación cuide de auxiliar á Cataluña enviando algunos refuerzos para que las operaciones puedan emprenderse en mayor escala y conducirse con más brío y osadía.

No puede negarse que estas razones son de algún peso, y que serían convincentes, si en contra no militaran otras, que si no las destruyen al menos las neutralizan. En efecto, podrá muy bien suceder que por una traición caiga desde un principio la importante ciudad en manos del enemigo; suposición nada gratuita, porque desgraciadamente tenemos de ella una experiencia bien reciente. Siendo Barcelona plaza fuerte, el enemigo tomará todas las precauciones imaginables para asegurar su conservación, y entonces tenemos el reverso de la medalla; las ventajas que antes nos favorecían á nosotros le favorecen á él. Ya no es dable esperar la terminación de la guerra por medio de un golpe de mano; ya no es posible conseguir que desaparezca de repente de nuestro suelo el enemigo con ningún triunfo por cabal y decisivo que sea; siempre le queda una plaza importante donde guarecerse; los restos de sus divisiones podrán encerrarse en la gran ciudad, y allí reorganizarse de nuevo ó esperar que les vengan auxilios por mar ó por tierra. Las tropas españolas se presentarán en el llano de Barcelona, el paisanaje les proporcionará toda clase de recursos, y se ofrecerá á pelear á su lado para coger el último fruto de la victoria: pero ¿de qué sirven el valor y el entusiasmo de los soldados y de los paisanos, á la vista de las altísimas murallas en que está encerrado el enemigo, defendido por cien bocas de fuego y apoyado por la Ciudadela y Monjuich, que siembran á largo trecho el espanto y la muerte? Si Barcelona no fuera entonces una plaza de armas, si sólo estuviese resguardada por débil tapia, si anchurosos paseos, espaciosas calles, dilatados jardines franqueasen mil puertas para penetrar

en la ciudad, las tropas vencedoras en el campo de batalla acometerían á las vencidas, forzarían sus trincheras, se introducirían por las calles, y con la ayuda de los paisanos recién venidos y de los habitantes, obligarían á capitular al ejército enemigo, y decidieran quizás de la suerte de la guerra.

Estando Barcelona tal como lo acabamos de suponer, es cierto que un descalabro de un cuerpo de operaciones español podría entregarla desde luego á manos del enemigo; pero entonces ¿qué resultaría? Sólo podría conservarla mientras tuviese la superioridad en el campo; porque en llegando á perder ésta, forzoso le sería abandonar una posición tan poco segura. Jamás para él sería prudente el permanecer en una ciudad abierta y enemiga, no teniendo muchas fuerzas para sojuzgarla, y resistir al propio tiempo á las divisiones españolas que pudiesen presentarse en el llano; resultando de esto, que no le sería dable aprovecharse por largo tiempo de los recursos de la capital no teniendo estacionado en ella un cuerpo respetable. Muy al contrario nuestras tropas sacarían de la ciudad todos los recursos que quisiesen en el momento de alejarse el enemigo de sus inmediaciones; y hasta suponiéndole posesionado de ella ¿no fuera imposible impedir que el celo de los paisanos no burlase con ingeniosos ardides la vigilancia de los centinelas? Recuérdese lo que ha sucedido en las guerras anteriores á pesar de estar ceñida la ciudad por altísimas murallas, y se inferirá lo que sucedería, suponiéndola abierta por todos lados, ó cuando más rodeada por tapias bajas y endeables.

Siendo Barcelona ciudad abierta, el mayor daño que puede suceder caso de una invasión extranjera, es el apoderarse de ella el enemigo; y esto, si bien se considera, atendidas las costumbres actuales y el carácter de las guerras, es de bien poca importancia. Una ciudad populosa puede ser ocupada por un ejército enemigo sin sufrir más daño del que experimentaría si entrase en ella uno del país; porque sabido es que han caído en desuso aquellas veja-

ciones y atropellamientos que tan comunes eran en otros siglos. Los ejércitos observan estricta disciplina, no viven sobre la tierra invadida, sino que llevando consigo la correspondiente administración cuentan con los fondos necesarios para proporcionarse los recursos que hayan menester. Es verdad que esta regla tendrá sus excepciones; pero éstas no pasarán más allá de un préstamo forzoso más ó menos crecido, de cierta cantidad de raciones, de suministros de varias clases; cargas todas de que ciertamente no se eximiera la población, si en vez del ejército enemigo tuviera dentro de sus muros el de su Gobierno. Los edificios, los capitales de todos géneros, las personas, todo es escrupulosamente respetado cuando el enemigo entra en una población que no le ha hecho resistencia; resistencia que cuasi nunca se verifica cuando la ciudad no es plaza de armas y encierra en su seno crecido número de habitantes y cuantiosos intereses.

Muy al contrario sucede si la población es una plaza fuerte de alguna importancia. Amigos y enemigos tienen fijas en ella las miradas, para conquistarla si no la poseen, y defenderla si la ocupan. Una vigilancia suspicaz, una dominación puramente militar, continuos sobresaltos, vejaciones de todas clases, son las consecuencias necesarias de semejante situación; resultando que la industria se paraliza, que el comercio desfallece, las familias acomodadas se retiran, los capitales se esconden, la miseria cunde, y lo que poco antes era un florido verjel se convierte en un campo de desolación y de luto. Y ¿qué diremos cuando llega el caso de un bloqueo ó de un sitio, de un ataque decidido ó de un bombardeo? ¿quién es capaz de calcular los daños que se acarrearán en tales ocasiones á una ciudad industrial y mercantil? Ya sea que los que ocupan la plaza sean amigos ó enemigos, las calamidades públicas son grandes; y aun cuando no lleguen los horrores de la guerra á la última extremidad, siempre sobrevienen los males que acabamos de describir. Pero ¿cuál es la ciudad fuerte de alguna importancia, que se preserva de tamaños

desastres, por poco que se prolongue la lucha? Y entonces ¿qué ventajas contrapesan los inconvenientes de las fábricas destruidas, de los géneros malbaratados, de la ruina de innumerables familias? Mirada la cosa bajo el punto de vista de la humanidad y aun del interés nacional, ¿cuáles son las ventajas militares bastantes á indemnizar perjuicios de tanta monta?

Atendida la posición de Barcelona, conservándose plaza fuerte, es imposible que desde el principio de una guerra extranjera no fuese el blanco de las dos partes beligerantes. Y una ciudad de ciento sesenta mil almas, ¿cómo sufre, no diremos un sitio, pero ni un bloqueo de algunos días? Es bien seguro que á la primera noticia de la aproximación del ejército que se propusiera atacarla, veríamos repetida la triste escena que hemos presenciado en los disturbios y desastres de los últimos tiempos. La inmensa mayoría de la población desparramada por los alrededores, sufriendo los ricos perjuicios considerables, consumiendo la clase media su modesta fortuna, y el pobre padeciendo las privaciones más crueles.

Bien ponderadas las razones que preceden, difícilmente se inclina la balanza en favor de la opinión que defiende la utilidad de las fortificaciones para el caso de una guerra extranjera. Antes de pasar al examen de otros puntos, someteremos á la consideración de los inteligentes el siguiente dilema. En la suposición expresada, ó nuestro ejército se mantendrá en superioridad sobre el del enemigo ó nó: si lo primero, conservará Barcelona, aun cuando no sea plaza de armas: si lo segundo, es preciso exponer la capital á todos los males de un bloqueo y á todos los peligros y desastres de un sitio; y esto segundo es tan duro tratándose de una población tan numerosa y tan industrial y mercantil, que con dificultad se nos hará creer que el resignarse á ello sea ni político, ni humano.

Veamos ahora qué aspecto presenta la cuestión de las fortificaciones, considerándola con relación al mantenimiento del orden, único objeto razonable que pueden te-

ner, si se supone que no son útiles para el caso de una guerra extranjera.

Desde luego salta á la vista que no entra para nada en la discusión presente todo lo relativo á las murallas, porque es bien seguro que en caso de estallar una insurrección, ó se la sofoca al instante, ó bien queda dueña del recinto de la ciudad. Es imposible que se sostengan en sus puestos las tropas distribuídas en pequeños grupos en los cuerpos de guardia, que pueden ser hostilizados por el paisanaje desde las bocas calles y los edificios inmediatos. Si esto no lo indicara la simple vista del lugar, bastaría á dejarlo fuera de duda lo acontecido en todas las insurrecciones. Cuando la tropa no ha podido prevalecer en el centro de la población ha tenido que abandonarla toda, retirándose á los fuertes, y recogiendo, si posible le ha sido, las partidas que ocupaban la muralla. Desde ésta nada pueden hacer las tropas durante la refriega en lo interior; ya por ser en escaso número, ya también porque sus fuegos no pueden ofender á los que maniobran en el corazón de la ciudad.

Queda pues la cuestión reducida á si conviene ó no conservar algunos fuertes que dominen la población. Cuestión grave, delicada, sumamente espinosa que el Gobierno debiera meditar mucho antes de resolverla, pero que tal vez venga un día en que sea preciso ventilarla detenidamente. La gran ventaja que resulta al Gobierno de la existencia de los fuertes es que los revoltosos no pueden prometerse un triunfo decisivo, aun cuando por un fatal conjunto de circunstancias logren desalojar de la ciudad á las tropas. Porque en tal caso éstas se replegan sobre Atarazanas, la Ciudadela y Monjuich; se rehacen del descalabro que hayan sufrido; se reponen del espanto que les infundiera el alzamiento popular; se mantienen en acecho para aprovecharse de una coyuntura favorable, y sobre todo tienen á la mano el terrible recurso de sembrar la confusión y el desorden amenazando con el bombardeo. A esta prueba no puede resistir una ciudad populosa como Barcelona; quien

sea dueño de los fuertes ó la precisará á transigir, ó forzará á la mayoría de los habitantes á la fuga, dejando á la población abandonada á un puñado de revoltosos.

Esta ventaja es grande sin duda; mas al lado de ella se presentan gravísimos inconvenientes. La causa del orden puede apoyarse en los fuertes; pero ¿quién nos ha dicho que estos mismos fuertes no puedan ser un día el apoyo de la revolución? No siempre se encontrarán al frente de la provincia y de la ciudad jefes leales, entendidos y celosos; puede muy bien suceder que nos quepa alguna vez un general negligente ó traidor; y entonces si estalla una insurrección militar, y en la Ciudadela ó en Monjuich se levanta la bandera de rebelión, pueden resultar para Barcelona y aun para toda la España los más graves compromisos.

Antes que al general Van-halen se le ocurriera el bombardear una ciudad de ciento sesenta mil almas, á fin de que cundiendo en ella el espanto y el desorden se viesen obligados los que la guarnecían á someterse á las exigencias del dueño del fuerte, esta idea era tan atroz que jamás les vino á la mente á los moradores de la capital del Principado el que pudiesen verse sometidos á tan dura prueba; y hasta creemos que cuantos ocuparan posición tan ventajosa y dominante, debían de desechar como pensamiento diabólico el aprovecharse de ella de un modo tan inhumano. Pero desde que se ha visto el efecto que produce medida tan cruel, y cuán fácilmente se obtiene el despoblar la ciudad haciendo entrar en capitulaciones á los que permanecen en ella, natural es que á todos los malvados, á todos los hombres de corazón duro como lo son los traidores, se les ofrezca desde luego el bombardeo como medio el más expedito para obligar á la ciudad á que se someta á lo que de la misma se exige.

Ahora bien: nadie podrá negarnos que en los agitados tiempos que estamos atravesando, en medio de tantos vaitenes y trastornos como alligen á este desgraciado país, en vista de tanto espíritu de insubordinación, de tantas

defecciones y rebeliones como hemos presenciado, está muy bien en los límites de lo posible que el Gobierno en un momento de descuido, ó víctima de un pérfido manejo, reemplace á los jefes fieles encargados de la custodia del fuerte, con otros desleales y vendidos á facciones inicuas y trastornadoras. Si al traidor le es dado seducir la parte de la guarnición que necesita para poner en ejecución sus intentos, podrá despertar Barcelona viendo levantada sobre su cabeza una bandera rebelde, y hallarse desde luego con la amenaza de que, si no cede á las condiciones que le imponen los sublevados, va á sufrir inmediatamente los horrores del bombardeo.

¿Qué sucedería entonces, por más fiel, por más decidido y enérgico que fuese el Capitán general que se hallase al frente del Principado? Por de pronto cundiría por la ciudad la horrorosa alarma, se cerrarían las fábricas, comenzaría la emigración, se sacarían á fuera los géneros de más valor y los muebles más preciosos: en una palabra, se repetirían las tristes escenas de Noviembre de 1842 y de Junio de 1843. Entre tanto los conspiradores que se hallasen en la ciudad trabajarían por acrecentar la alarma abultando el peligro, y ponderarían la necesidad de entrar en conferencias con los rebeldes para evitar mayores desgracias. Así podrían combinarse bajo la capa de la humanidad los elementos de desorden, interesar en su favor la población temerosa de sufrir una catástrofe, y aprovechar un momento oportuno que les hiciese dueños de la ciudad entera. Y la capital del Principado decidida por una causa, teniendo á su favor los fuertes que la dominan, tiene poderosa influencia sobre toda Cataluña, y pesa mucho en la balanza de España.

Imaginémonos que lo acontecido en Alicante y Cartagena se hubiese realizado en Barcelona, estando en pro de los rebeldes la Ciudadela y Monjuich: ¿hubiera sido tan fácil dominarlos como en las sobredichas plazas? Ciertamente que nó: porque Barcelona abunda en medios de que ellas carecen, porque á Barcelona le bastan algunos días

de suspensión de trabajo para que queden sin pan muchos millares de brazos, ofreciéndose á una Junta revolucionaria la oportunidad de entregarles las armas y de presentar en torno de sus muros una fuerza imponente por numerosa.

Se nos dirá que estos medios de dominar la población por los fuertes es más probable que favorezcan al Gobierno que no á los rebeldes; porque siendo aquél el poseedor habitual de las fortalezas, es mucho mayor la probabilidad que obra en favor de él, que no la que está de parte de la rebelión. No negaremos que esta observación es muy fundada, reduciendo la cuestión de Gobierno á simple cuestión de fuerza; pero todos los hombres que tengan miras elevadas y humanas, se horrorizarán con el solo pensamiento de que pueda venir un caso en que se apele á recursos tan atroces. ¿Se ha calculado bastante la execración que pesa sobre un Gobierno que se arroje á bombardear una ciudad como Barcelona? ¿Se ha meditado lo suficiente sobre las consecuencias de una crueldad que de suyo pone de mal aspecto la causa de los gobernantes, y da visos de razón y justicia á la de los sublevados? ¿No se recuerda la profunda herida que recibió el poder de Espartero con las bombas arrojadas sobre Barcelona el día 3 de Diciembre? ¿Se ha olvidado que desde aquel instante se notaron síntomas tan alarmantes y amenazadores, que hicieron presagiar la caída del Regente? De lo que resulta que á un Gobierno regular y legítimo no le aprovechan tanto como á la rebelión los mismos medios de reducir á su enemigo; pues mientras aquél tendrá que respetar las consideraciones de prudencia y humanidad, y así se guardará de apelar á recursos crueles, ó no lo hará hasta el último extremo, los sublevados no se pararán por tamaños inconvenientes, valiéndose para el triunfo de todo cuanto se les ofrezca.

¿Qué Gobierno que se estime á sí mismo se atreverá á pronunciar la palabra *bombardeo*, tratándose de una ciudad como Barcelona?

Nó: no son esos los medios con que se gobierna en el siglo en que vivimos: estas monstruosidades que hemos presenciado en los dos últimos años, son excesos á que se ha lanzado el frenesí de la revolución en sus últimas agnias, como queriendo evidenciar á los españoles que después de haber desorganizado la sociedad no era capaz de gobernarla sino con hierro y fuego. Jamás los monarcas apellidados *désptas* se valieron de medios tan crueles para dominar un motín; jamás abusaron de su autoridad hasta el punto de envolver en la ruina de pocos culpables, las fortunas y las vidas de millares de inocentes. Nó: no son estos los medios en que debe afianzarse un Gobierno; si hace la felicidad de los pueblos gobernándolos con sabiduría, suavidad y justicia, tendrá en su apoyo á la nación entera; y entonces si en este ó aquel punto un puñado de discolos levanta la cabeza, fácil le será sofocar la revolución con la ayuda de la fuerza armada, y la cooperación de la inmensa mayoría de los pueblos. Al contrario, si en vez de gobernar con arreglo á las leyes y con miras de utilidad pública, el poder sólo trata de explotar la nación en provecho de unos pocos, se levantará contra él la indignación general, y tarde ó temprano estallará la insurrección, sin que basten á prevenirla ni á dominarla los más inexpugnables castillos. ¿De qué le sirvió á Espartero el conservar Monjuich? ¿Evitó por ventura que el descontento popular estallase en la ciudad con demostraciones estrepitosas, obligando á la guarnición á pronunciarse á fuerza de abrazos? Y después que Monjuich se quedó enteramente solo, ¿qué logró el teniente de Espartero con sus amenazas de bombardear la ciudad? Nada, sino causar inmensos daños á la industria y al comercio, perjudicando gravísimamente á muchas familias, y sumir en la miseria á las clases trabajadoras; sin que por esto se detuviese la marcha del pronunciamiento general, antes exasperándose los ánimos y arreciando las pasiones contra el causador de tantas calamidades.

Desgraciado el Gobierno á quien se le ha ocurrido si-

quiera un recurso tan extremado para conservar á los pueblos en la obediencia; señal es que no acierta á llenar el objeto de su destino, y que adolece de algún vicio radical, á cuya curación sería harto mejor atender, que no á llenar los almacenes de proyectiles para destruir ciudades populosas y florecientes.

Procúrese que la inmensa mayoría del pueblo no tenga motivos para vivir descontenta y desazonada; foméntense los intereses cuyo desarrollo y prosperidad le proporciona medios de subsistencia y de bienestar; no se entreguen armas á quien no ofrezca la más segura garantía de que no hará mal uso de ellas; vigílese sobre las elecciones para el nombramiento de las corporaciones populares, evitándose el que por sorpresa ó violencia, no se pongan á la cabeza de las poblaciones aventureros inmorales que medran en medio de los trastornos; empléense para regir las provincias subalternos de acreditada lealtad y de firmeza de carácter; y entre tanto váyase preparando lentamente la reparación de los males causados por las tormentas revolucionarias; trabájese en que la moralidad se propague entre las clases más numerosas haciendo que se conserve y aumente el ascendiente de la religión, y con este sistema no será necesario gobernar con hierro y fuego, bastará la acción regular y suave de las leyes, y no será menester presentar á los ojos de la culta Europa nunca vistas escenas de escándalo y horror.

De las consideraciones que preceden es fácil inferir que no está destituida de fundamento la opinión de que no fuera dañoso ni traería peligros al orden público, el derribo de las murallas que ciñen á Barcelona, y hasta el de las fortalezas que la dominan; sin embargo en materias de tanta gravedad é importancia, en que un yerro puede traer consigo resultados tan trascendentales, el Gobierno que deba resolverse á una medida decisiva, es preciso que proceda con la mayor circunspección y miramiento. Si algún día llegase el caso de ventilarse seriamente el negocio, sería conveniente oír á los militares inteligentes

en la materia, para que ilustrasen al Gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; sería indispensable oír á las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasión de meditar repetidas veces sobre este negocio, á la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo; y sobre todo de la mayor importancia oír á la ciudad misma, á los propietarios, á los fabricantes, á los comerciantes, á los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios, la opinión y la voluntad de todas las clases, si quiera para saber á qué parte se inclinaria el instinto de la propia conservación, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Sólo después de un prolijo y desinteresado examen se debiera tomar una resolución definitiva; porque el destruir obras de tanto valor, y cuya construcción creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados, es acto á que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si después de sometida la cuestión á juicio examen, resultase que el bien que dimanará de la destrucción es mayor que el que se obtiene con la conservación, parécenos que sería un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecución por no echar á perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artísticos: son objetos de utilidad; ó aprovechan, ó embarazan: este es el punto de vista bajo del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego á lo existente que no justifican las miras de elevada política.

Por lo tocante á las ventajas que reportaría Barcelona del derribo de las muralias y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; baste decir que atendida su situación topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes,

es probable que ensanchándose de repente la ciudad se uniría desde luego con Gracia, y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinticinco años en una de las capitales más extendidas y más vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestión de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder á su reparación ó al ensanche: lo primero es difícil se realice; y cuando se haya convenido en ensanchar, será también muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificación en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias, y se aplazará para tiempo indefinido la construcción de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales fomentados cada día más, se atreverán á mayores exigencias, así la ciudad como los alrededores interpondrán su poderosa mediación para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la población con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 2.º

TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habían aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su ten-